



C A R A C A S
A P A R T A D O 6 2 8

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 15 - N. 147
JULIO, 1952

Por ahí, por los frutos, precisamente por ellos, se podrá conocer la calidad del árbol.

La afirmación en sí no parece de las que pone en peligro de dejar calvo a quien la haga. Y sin embargo, el maestro de todos los tiempos y de todas las latitudes, el maestro universal de toda verdad, el infalible, el que desafió con plena conciencia de su dignidad y de su sabiduría a que alguien desmintiese una sola de sus enseñanzas, el Maestro que era Dios humanado, —Jesucristo—, no pensó que perdía el tiempo ni que hacía alguna reflexión de perogrullo cuando expresamente echó mano de tan sencilla sentencia para exponer una de sus sublimes enseñanzas.

Y como si fuera poco la claridad y precisión de concepto tan objetivo como este de que los árboles se conocen por sus frutos, el Divino Maestro se detuvo a amplificar su contenido, y a glosar con morosa bondad las conclusiones entrañadas en la filosofía de aquella campestre comparación.

Fué en aquel sublime y divino sermón de la montaña, —el mismo de la proclamación de las bienaventuranzas—, cuando tendida la mirada dulce y preceptora sobre sus discípulos, les quiso dejar un como termómetro práctico, con el que poder medir sin complicaciones ni eufemismos disimulantes, el grado verdadero de rectitud moral y de fidelidad a las enseñanzas divinas de aquellos que de palabra se dijeran algún día sus discípulos, se dijeran creyentes, se dijeran católicos.

Miradles a los frutos! Según sean éstos, así será el árbol que los produce. Nadie se deje engañar con palabras vacías, o con apariencias externas. Si los frutos son malos, son de pecado, son de escándalo, son de atropello a la virtud, todo eso es producto del árbol malo del corazón humano.

Y dada esta lección, puesta la norma inequívoca que expresamente nos recomienda Jesucristo, podemos y debemos aplicarla. Y con más razón entre nosotros, donde una tradicional creencia y afirmación de nuestra vida cristiana, nos ha estado sirviendo de tupido velo para que no viéramos con precisión y sinceridad el terrible y peligrosísimo descenso a que hemos llegado.

Hágase siquiera un ligero recuento, —por cierto muy doloroso—,

POR
LOS FRUTOS...

de la clase de frutos que en poco tiempo han brotado de los árboles de nuestra vida social y familiar, y nos tendremos que convencer, con las pruebas en la mano, de que tales árboles están muy enfermos.

De algunos años a esta parte, sobre todo, es un hecho evidente que cada año y casi cada mes va bajando más y más el nivel moral de nuestras costumbres familiares y sociales; y lo que es peor, van desvalorizándose hasta los principios y el criterio respecto de deberes, obligaciones y responsabilidades.

Y cuando los principios fallan, y los criterios se anulan, entonces las consecuencias prácticas no pueden menos de ser desastrosas. Como prueba al canto, baste recordar el desdichado episodio de desvergüenza y de desnudez, —ya comentado en nuestro pasado Editorial—, con motivo de la propaganda comercial de una bien conocida firma norteamericana. Ante la introducción de actitudes y criterios paganos y licenciosos, por medio de Concursos a lo sático, que vienen a seducir la virtud y pudor de nuestras jóvenes, fué lastimosísimo comprobar que pequeño era el número de familias y de individuos que mostraron criterio y decisión cristianos frente al atropello que públicamente se hacía de los más elementales derechos sociales. Al contrario: los patrocinadores de aquello que venía a ser como un desfile de subasta en un mercado oriental de muchachas, contaron con la aprobación y aun colaboración numerosas personas que se dicen cristianas, le rezan al Corazón de Jesús y llevan al cuello medallas de la Purísima; y contaron con la aprobación tácita que demostró el grupo también numeroso de personas que con su cómoda apatía son fuerza que cuenta más para el mal que para el bien.

Lo que ha sido este caso escandaloso de un impúdico concurso, hay que sumarlo —¡triste suma!— a los casos cada día más numerosos de descarada infidelidad conyugal con el ya consabido final de divorcio, y luego la burda farsa del concubinato legalizado, que tal es en realidad para los católicos el desacreditado matrimonio civil.

Estos son algunos de los frutos que en abundosa cosecha van brotando en un medio que se supone de tradición y costumbres cristianas.

Estos frutos venenosos y corrompidos nos dicen a las claras que el árbol que los produce está enfermo. No importa que en lo exterior su copa parezca frondosa. La realidad es la de sus malos frutos.

Este árbol no es otro que la familia. De los hogares cristianamente constituidos, a base de educación cristiana, de práctica y amor de la virtud, de sólidas costumbres morales, brotarán necesariamente frutos sanos y ejemplares. Podrá haber excepciones, acá y allá. Como en un árbol bueno puede hallarse accidentalmente un fruto malo. Pero la cosecha será buena y beneficiosa.

Mas, si los frutos malos abundan y se multiplican tan amenazadoramente, el caso es grave. Exige alerta y reflexión. Exige examen de conciencia, y rectificar a tiempo algo que a poco más puede llevarnos a la ruina social.

P. P. B.